

PRÓLOGO

Dicen que el oficio hace al profesional, de la misma forma que la función hace al órgano. No es cierto, no al menos totalmente cierto. Hacen falta, además, los estudios teóricos, producto no de la libre especulación mental, sino del razonamiento científico eslabonado en la secuencia organizada de una severa metodología.

La grafología es una técnica analítica de utilidad para el psicólogo y el psiquiatra. Nace también de los estudios de la psicología en su mayor parte. También es tributaria de la caligrafía y demás técnicas analíticas gráficas. Sería deseable que el lector entendiera que la grafología es hija de la cultura. ¿Qué es cultura? No nos encontramos con capacidad para definirla, pero no por esta dificultad vamos a retraernos en dar una explicación sencilla, aunque no completa. Cultura es la combinación plural del arte, educación, creencias, sistemas de valores, técnica, saber, violencia, deporte, de la organización estatal, etc., en un momento determinado y en sus más variadas formas. Cultura, a nuestro juicio, no se encuentra unida a un criterio de valor positivo necesariamente. La cultura, o la forma de entenderla, puede encontrarse o expresarse tanto en una cátedra de filosofía existencial (cultura de determinada época), como en una pintura "graffiti" escrita en una pared, como en los gritos inflamados de un hincha en un estadio de fútbol. La grafología es, pues, una hija de la psicología, de las técnicas gráficas y de la cultura.

Un grafólogo puede aprender técnicas gráficas de la misma forma que un médico puede estudiar las técnicas del diagnóstico

químico para entender mejor los análisis. Pero, por encima de todo, es básico que sepa a priori psicología. Quizás en este momento podamos entender que el oficio no hace al profesional necesariamente. Pues bien, el que escribe este libro no es psicólogo, ni calígrafo, sólo es un producto de un interés obsesivo por la grafología, a la que ha dedicado muchas miles de horas de estudio. Lo que sí es cierto es que el entusiasmo hace al especialista, aunque no totalmente, y la prudencia y el reconocimiento de las limitaciones propias forja la escultura sobria y equilibrada de una obra. Es nuestro caso. Al lector le ofrezco mis horas de trabajo y de entusiasmo, que espero trasladárselo; de prudencia y también de audacia. Después de la reflexión, de la prudencia, es la audacia en la ciencia la que permite avanzar hacia el conocimiento.

El otoño del año 1972 asistí a un curso de grafología en la Facultad de Psicología de la Universidad Complutense. El motivo, la curiosidad y el hombre y un afán pertinaz por la cultura. Se abrió la puerta de un incontenible deseo de practicar y desarrollar mis conocimientos teóricos. La ambigüedad y la variedad casi infinita del ser humano amenazaron con derrotarme y cancelar para siempre mis iniciales tareas. Fue la honestidad, siempre la honestidad en mis análisis, la huida del camino fácil, del engaño tahuresco al analizado, el rechazo a la gloria inmediata y doméstica, las que me llevaron por el camino recto de la verdad. Asalté librería y derroté libros, y sobre todo coleccioné informes y prácticas. Busqué por todos los medios los fallos y los errores, y hoy, al cabo de veintiséis años, puedo escribir este libro.

Si la escritura se escribe con el cuerpo y es la trenza elaborada por miles de músculos, de tendones aplicados, de meandros de nervios, de miles de millones de neuronas, que recogen todos la información del cuerpo, es lógico pensar que si el soma está enfermo, su reflejo en la escritura es inevitable. Éste fue una preocupación después de los doce primeros años de estudio. Todavía lo recuerdo, la visita al padre de un familiar enfermo de úlcera en el duodeno me llevó al descubrimiento de esa dolencia. Después le llegó el turno a las dolencias en la columna vertebral. Actualmente creo haber abierto los estudios de grafología a este campo fascinante de la grafopatología.

El año 1998, un azar me guió por el intrincado campo de las patologías mentales. La desgracia de un alumno de veinte años, que sufrió un ataque severo de esquizofrenia, centró el microscopio de la investigación hacia esta dimensión. Fue imprescindible ampliar estudios en psicología para entender, en la estructura espacial y sensorial del grafismo, las disorsiones de la mente. Puesto ya en ese sendero, me fueron cayendo, sin esfuerzo e incluso de forma inevitable, letras de enfermos de ánimo y mentales. El más recurrente fue la depresión. Otros serían las paranoias, los trastornos bipolares, en menor grado las neurosis.

La suerte me acompañó. En el camino surgieron maestros de la psiquiatría que me ayudaron en la comprensión de las enfermedades llamadas vulgar y poéticamente del espíritu. El profesor García Andrades fue de auxilio inestimable con su experiencia en centros universitarios, y, por último, como hermosa conclusión, fuimos colegas en la Universidad CEU San Pablo, él en la Facultad de Derecho y yo en la de Humanidades.

En esta Universidad conocí a un brillante alumno de psicología llamado Ignacio Lima, quien se encargó de la dura tarea de revisar las pruebas iniciales. Sin lugar a la menor duda, sus conocimientos en el último curso de la carrera fueron valiosos en esta tarea de supervisión. Le doy las gracias.

